

¿Qué puede hacer La Habana contra Washington?

Cuba, tan sola

por Christophe Ventura*

A principios de la década de 2000, Fidel Castro ya recordaba: «Cuando [en 1991] desaparecieron la URSS y el bloque socialista europeo, Cuba quedó atónita ante la violencia del golpe. De la noche a la mañana, la gran potencia se derrumbó, dejándonos solos, completamente solos.» [1] Y el líder histórico de la Revolución Cubana continuó: «Habíamos perdido todos los mercados para nuestra azúcar, y ya no recibíamos alimentos, combustible, nada. (...) De la noche a la mañana, se acabó el combustible, las materias primas, los alimentos, los artículos de aseo; nada en absoluto». En Cuba, la producción era baja, y lo que se producía —principalmente azúcar en aquel entonces, junto con tabaco y cítricos— se enviaba por carga a Moscú y a los países del bloque socialista. En marzo de 2016, la presión sobre una de las dos mandíbulas pareció disminuir. El presidente estadounidense, Barack Obama, realizó una visita histórica a la isla. Ninguno de sus predecesores había paseado por el Malecón desde Calvin Coolidge en 1928. La Habana y Washington llevaban desde finales de 2014 inmersos en un proceso sin precedentes de normalización de sus relaciones, liderado por Raúl Castro por el lado cubano.

Tres pilares

En 2015, ambos adversarios reabrieron sus embajadas en sus respectivas capitales, cincuenta y cuatro años después de la ruptura diplomática de enero de 1961, que precedió un año (febrero de 1962) a la decisión de imponer un embargo (un «bloqueo», según La Habana) a la nación caribeña, embargo que aún sigue vigente. En aquel momento, Obama consideró que la política iniciada por su ilustre predecesor, John F. Kennedy, y mantenida, con cierta flexibilización y cierto fortalecimiento, por los ocho presidentes que le sucedieron, había fracasado. Relajó las sanciones contra el país, lo que contribuyó notablemente a un auge del turismo y facilitó la entrada de divisas y las exportaciones estadounidenses. En aquel momento, la «actualización del modelo económico y social cubano de desarrollo socialista», concebida por Raúl Castro, se basaba esencialmente en estos tres pilares. [2] La especialización de Cuba en el sector turístico (turismo de lujo y de masas), la entrada controlada de capital internacional para estimular el crecimiento y el desarrollo local, y la entrada masiva de dólares (la moneda con la que se fijará gradualmente el tipo de cambio) buscan asegurar el futuro de la revolución y relajar la segunda presión. Este enfoque va acompañado de la apertura gradual de la economía, que permite el surgimiento de la artesanía local y la pequeña empresa privada. Finalmente, los servicios médicos cubanos siguen exportándose a varios países, como ha sucedido en Venezuela desde la década del 2000, lo que proporciona a La Habana un medio para financiar sus impor-

taciones energéticas. De esta forma, Caracas cubre casi la totalidad de las necesidades petroleras de Cuba y se ha convertido en su principal socio comercial: el 45 % de su comercio exterior, equivalente al 20 % de su producto interior bruto en 2014 [3].

Cuando Obama visitó Cuba —una decisión criticada por sus oponentes, pero también dentro de su propio sector—, las autoridades comenzaron a creer que finalmente comenzaba una nueva era. Sin embargo, la «actualización del modelo socialista» aún no incluía un cambio en la estructura productiva del país para satisfacer sus necesidades esenciales de energía, alimentos, equipos industriales, etc. Se suponía que todo provendría de las divisas generadas por la implementación de esta nueva estrategia. En una carta publicada en *Granma*, el periódico del Partido Comunista de Cuba, Fidel Castro se dirigió al presidente estadounidense, quien había declinado reunirse con él durante su visita, y, de forma más indirecta, al gobierno de su hermano menor, pocos días después de su partida. En este documento, titulado «Hermano Obama», expresó su escepticismo sobre el acercamiento a Washington y cuestionó la estrategia económica del país.

El exlíder, que fallecería meses después, el 25 de noviembre de 2016, hizo una contundente declaración: «Advierto además que somos capaces de producir los alimentos y las riquezas materiales que necesitamos con el esfuerzo y la inteligencia de nuestro pueblo. No necesitamos que el imperio nos regale nada». Respecto al sector turístico, considerado el motor de la transformación económica nacional, expresó sus reservas: una actividad que consiste en «mostrar la belleza de los paisajes» y ofrecer las «delicias culinarias» de la isla a extranjeros no merece «ninguna atención» si no genera una gran cantidad de dólares para el país.

Obama recibe presión

Estas declaraciones se produjeron unos veinte años después del «Período Especial en Tiempos de Paz». En aquel entonces, Cuba aún importaba la mayor parte de su consumo (el 80 % de sus alimentos, energía, equipos, etc.) y exportaba lo poco que producía (azúcar, tabaco, cítricos, minerales). Pero ahora, además de los servicios médicos a Venezuela y algunos otros países, los principales destinos son China y España. Diez años después, la dependencia económica sigue siendo evidente.

En realidad, nada ha salido según lo previsto desde el intento de normalización. Si bien Obama se mostró abierto a un acercamiento con La Habana, abrió simultáneamente un nuevo capítulo en las relaciones entre Estados Unidos y Venezuela en 2015: la era de las sanciones comenzó bajo su presidencia. El inquilino de la Casa Blanca parecía silenciar a sus críticos, quienes se oponían a su política hacia Cuba. Normalizar las re-

laciones con La Habana era aceptable, pero solo con la condición de adoptar una postura firme contra otro adversario más poderoso: la Revolución Bolivariana. Las sanciones se volvieron letales a partir de 2019, bajo el mandato de Trump. La economía del país, ya en crisis, colapsó cuando Washington impidió a Caracas acceder al mercado energético mundial. Los efectos se sintieron incluso en La Habana. De un promedio de 100.000 barriles diarios en su apogeo, los suministros de petróleo venezolano disminuyeron gradualmente a entre 32.000 y 35.000 barriles en 2024, entre 26.000 y 27.000 en 2025 [4]... y a cero a partir de enero de 2026, cuando Caracas quedó bajo el control de Washington. Por su parte, las reformas iniciadas por Raúl Castro se implementaron solo parcialmente y produjeron numerosas distorsiones (inflación, creación de desigualdades sociales previamente desconocidas) [5].

Planificación centralizada

En términos económicos, los últimos diez años han recordado duramente a Cuba las limitaciones de un plan de recuperación concebido en torno a una estrategia central: fortalecer la integración de un país no capitalista y dependiente en el capitalismo globalizado, sus sectores de actividad y sus flujos monetarios y financieros. Un país que, además, se encuentra entre los más estancados del antiguo mundo socialista. En Cuba, durante seis décadas, una planificación centralizada rigurosamente aplicada ha controlado prácticamente todos los aspectos de la vida económica y social, desde la agricultura hasta la peluquería, pasando por la zapatería, la educación universitaria y la ingeniería civil. El Estado aún emplea a dos tercios de la fuerza laboral.

Políticamente, la primera elección de Trump en 2016 frustró las esperanzas y puso fin al proyecto de normalización. Durante su primer mandato, el presidente republicano impuso 243 medidas coercitivas a La Habana, todas ellas destinadas a frenar el turismo, la inversión extranjera y las remesas de la diáspora cubana, que se encuentra principalmente en Florida (1,8 millones de cubanos de los 2,5 millones que viven en Estados Unidos) [6]. En 2021, Trump reintrodujo a la isla en la lista de Estados patrocinadores del terrorismo. La administración del presidente demócrata Joseph Biden mantiene la esencia de las medidas vigentes. Fue en este contexto que el Covid-19 llegó en 2020, en un país que se recuperaba de la conmoción.

Así comenzó la secuencia de acontecimientos que condujeron a la crisis actual. Esta crisis demuestra que Cuba aún no ha logrado construir su soberanía económica. Durante décadas, expertos y activistas han estado divididos sobre si esta situación se debe principalmente al embargo o a las políticas e ideología del gobierno. Hoy, estos debates parecen secundarios. Porque Cuba, al borde del colapso, ha entrado en una nueva fase.

La isla está «sola», en palabras de Fidel Castro. China y Rusia no parecen estar en posición de intervenir, ni inclinadas a hacerlo, ante la despiadada hostilidad del presidente Trump y de Marco Rubio, cuya carrera política ha estado impulsada en gran medida por el deseo de un cambio de régimen en el país que sus padres abandonaron antes de la revolución. Venezuela está fuera de juego. Para apaciguar a Washington, Guatemala suspendió su programa de acogida de médicos cubanos en febrero de 2026. Bajo presión, Nicaragua, aliado histórico de Cuba puso fin a la exención de visa otorgada anteriormente a los ciudadanos cubanos que transitaban por su territorio para viajar a Estados Unidos. Las últimas decisiones de la Casa Blanca, en particular la que amenaza con sanciones aduaneras contra cualquier país que suministre petróleo a Cuba, son aterradoras. Si en la década de 1990 el país podía contar con el apoyo de Argelia, Angola o países latinoamericanos, esta vez no será así. A menos que Washington lo autorice nuevamente como parte de una próxima «negociación» con el poder de Miguel Díaz-Canel.

Nadie puede predecir el futuro en Cuba, pero se conocen los términos de una posible discusión. La Habana podría intentar salvar su sistema político y al mismo tiempo acceder a las demandas de su adversario en materia económica. Por ejemplo, la apertura del país a millones de dólares dispuestos a fluir desde Florida, donde grandes fortunas vengativas cubanoamericanas están pisanando fuerte. El camino es estrecho, y tomarlo produciría divisiones internas en caso de que algunos dentro del aparato estatal estén dispuestos a ir más allá para dar garantías a Washington sobre cuestiones políticas (liberación de prisioneros, autorización de organizaciones de la «sociedad civil», preludio al de una oposición local) —una perspectiva a la que otros, particularmente entre los militares, resistirían. ¿Y del lado de Washington? ¿Hay planes para secuestrar al presidente Díaz-Canel para poner a Cuba bajo supervisión, como es el caso del gobierno de Delcy Rodríguez en Venezuela, antes de convertir la isla en una nueva Florida, con sus riberas, sus hoteles de lujo y campos de golf? Hasta hace unos meses, la hipótesis podía parecer absurda. Pero ahora todo es posible... ■

1. Ignacio Ramonet, Fidel Castro. *Biografía a dos voces*, Debate, 2010.

2. Leer Renaud Lambert, «Así viven los cubanos», *Le Monde Diplomatique*, abril de 2011.

3. «Cuba y una posible pérdida del sostén venezolano: Real Instituto Elcano, Madrid, 5 de febrero de 2026.

4. Idem.

5. Leer Mailys Khider, ¿Cuba: dónde puedo encontrar yogurt y jugo en tetrabrik?, edición chilena *Le Monde Diplomatique*, noviembre de 2023.

6. Karen Esquivel, «Más estadounidenses que nunca, tan latinos como siempre: la diversidad de la información comunidad hispana en EE.UU.», 18 de noviembre de 2025, <https://cnnespanol.cnn.com>

*De la redacción de *Le Monde Diplomatique*